

Premonición y muerte: Prácticas y creencias entre los otomíes de Amanalco

Premonition and death: Practices and beliefs among the Otomíes of Amanalco

FRANCISCO MARCOS MARTÍNEZ¹
Universidad Autónoma del Estado de México
franciscomarcos09@gmail.com

Recibido: 25 de junio de 2024

Aceptado: 21 de agosto de 2024

Resumen

Los pueblos originarios de tradición lingüística y cultural *Hñatho* (otomí) asentados en las tierras altas de la Cuenca Amanalco-Valle de Bravo poseen un sistema de creencias vinculado con la "premonición" y la "muerte". La premonición se manifiesta y la identifican en representaciones oníricas, reflejos extraordinarios, aullidos de animales, fosas en la tierra, alta producción agrícola, etc. Todo lo anterior articula el binomio: vida y muerte. La hermenéutica se circunscribe tanto en la vida individual y familiar como comunitaria, situación que modifica las emociones de las personas. Así mismo, cuando acontece la muerte de algún vecino o familiar es el momento cuando la premonición es articulada con la realidad por parte de los nativos. Esta situación de cosmovisión y cosmo-emoción la viven nueve comunidades otomíes que pertenecen al municipio de Amanalco en el Estado de México.

Palabras claves: *premonición, muerte, emoción, cosmovisión, otomíes*

Abstract

The native peoples of the *Hñatho* (Otomí) linguistic and cultural tradition settled in the highlands of the Amanalco-Valle de Bravo Basin have a belief system linked to "premonition" and "death". The premonition manifests itself and is identified in dream representations, extraordinary reflections, howling animals, pits in the ground, high agricultural production, etc. All of the above articulates the binomial: life and death. Hermeneutics is circumscribed both in individual, family and community life, a situation that modifies people's emotions. Likewise, when the death of a neighbor or family member occurs, it is the moment when the premonition is articulated with reality by the natives. This situation of worldview and world-emotion is experienced by nine Otomi communities that belong to the municipality of Amanalco in the State of Mexico.

Keywords: *premonition, death, emotion, worldview, otomíes*

¹ Dr. en Antropología Social por la Universidad Iberoamericana. Mtro. en Ciencias Sociales con especialidad en Desarrollo Municipal por El Colegio Mexiquense A. C. Lic. en Antropología Social por la Universidad Autónoma de Estado de México. Candidato al Sistema Nacional de Investigadoras e investigadores del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT).

Introducción

La articulación de la premonición y la muerte entre las comunidades otomíes de Amanalco en el Estado de México se circunscribe en representaciones del acontecer de la vida cotidiana. En donde la interpretación con base a la cosmovisión y sistema de creencias en las representaciones oníricas, en la realidad a través de los sentidos de la vista y del oído, así como de las sensaciones y sentires del cuerpo, abonan a un campo semántico premonitorio. Situación que en la vida real no solo reciben el preaviso, sino también modifica la condición emocional de las personas y familias. No obstante, cabe decir que esto no es exclusivamente de los pueblos nativos de esta región, sino también sucede en los distintos pueblos originarios de México y de otras regiones del mundo. En este sentido, es pertinente resaltar que esta etnografía refiere sobre las emociones que se engarzan con estos acontecimientos ordinarios y que vincula la vida de las personas, las familias y sus sistemas de creencias. Sucesos que dan forma a una cosmovisión compleja y responde a un conjunto de prácticas socioculturales de los otomíes de esta región del altiplano central mexicano.

El objetivo del presente estudio es describir las premoniciones de los pueblos otomíes de Amanalco y su articulación con la muerte, los accidentes, las violencias, así como el vínculo que sucede con las emociones que genera en las personas que comparten la cosmovisión otomí.

El trabajo se integra de tres apartados, el primero titulado: "Contexto indígena: cosmovisión y muerte". Refiere sobre la cosmovisión indígena y su interrelación con la muerte, cuya peculiaridad y diversidad, constituye una esencia particular tanto teórica como empírica. El segundo identificado como: "Premoniciones y muerte entre los otomíes". Da cuenta desde una perspectiva etnográfica sobre la precognición hasta las representaciones oníricas, con signos visuales y auditivos, hasta los sentires del cuerpo. El tercero, "Muerte y emociones". Nos muestra cómo se articula la muerte como una manifestación social y cultural, así como su vínculo con las premoniciones y las emociones.

Método

El trabajo etnográfico que se realiza en la Antropología permite, según Zurita y Llorente (2015) llevarse a cabo de una manera peculiar y se caracteriza por lo siguiente:

1) es obligado el encuentro con personas, muchas veces de ámbitos, grupos, etnias, estratos sociales... muy distintos al propio. Además, con una actitud receptiva y de respeto para imbuirse e impregnarse en el mundo de "otros". 2) Este encuentro exige reflexión y actitud crítica ante lo establecido, lo que aparece como obvio, las propias ideas, creencias, esquemas cognitivos y valorativos, etc. 3) Los textos, documentos, imágenes... en este proceso conversacional, deben abordarse desde el diálogo reflexivo con ellos. 4) Es necesario un esfuerzo intelectual para imbricar, desde el análisis y la interpretación, el trabajo de campo con la escritura etnográfica. Este esfuerzo potencia ineludiblemente capacidades de aprendizaje fundamentadas en el análisis crítico del mundo que llama a la responsabilidad social. (pp. 740-41)

Sin duda, la realización profesional y etnográfica del antropólogo investigador le exige asumir una actitud de respeto ante el otro o los otros. Su responsabilidad implica al menos dos escenarios importantes, primero, su estancia en campo, el diálogo y

convivencia para obtener información, segundo, su habilidad para plasmar lo observado y dialogado en “la escritura que radica en el corazón de la disciplina antropológica. Al escribir el antropólogo presenta ante otros la realidad que describe; la transforma a un objeto antropológico que expone para una discusión y propone para la conversación” (Auge, 2007, p. 51).

Ante este estado de cosas, el presente estudio es de carácter antropológico y se circunscribe para su realización al método etnográfico, haciendo uso de la entrevista abierta y observación participante, esto nos permitió tener una interacción cara a cara y directa con los colaboradores (informantes) para registrar los datos etnográficos -en la libreta de notas y diario de campo- relativos a las premoniciones en torno a la muerte y creencias de las comunidades otomíes de Amanalco. La temporada de investigación se llevó a cabo en los meses de mayo de 2017 y junio y julio de 2020.

Amanalco es un municipio que pertenece al Estado de México y se localiza a 74 kilómetros al sur-poniente de la ciudad de Toluca (capital de la entidad mexiquense) y colinda “al norte con los municipios de Villa Victoria y Villa de Allende, Al Sur con Tescaltepec y Valle de Bravo, al oriente con Zinacantepec y Almoloya de Juárez y al poniente con Donato Guerra y Valle de Bravo” (Salinas, 1999, p. 19). Y cuenta con 23,675 habitantes (INEGI, 2020).

Las comunidades otomíes que se inscriben a este sistema de creencias, cosmovisión, premonición relativo a la muerte son Nda Xavishtia (San Sebastián el Grande), Xamado (San Mateo), Ndongo (El Rincón de Guadalupe), Xanoxi (San Lucas), Hueni Xavishtia (San Sebastián Chico), T'enani (San Miguel), Xaxua (San Juan), Nxeze´Nzavi (San Jerónimo) y Sambastrumi (San Bartolo) (Marcos, 2018).

1. Resultados

Los pueblos indígenas u originarios de México no solo se circunscriben bajo la concepción mesoamericana, sino también pertenecen a un contexto sociohistórico que data de tiempos prehispánicos con tratamientos diferenciados tanto en La Colonia como en el México Independiente. Según Villoro (1994), “[...] aparecía lo indígena como lo extraño, lo veíamos a distancia nuestra, éramos testigos lejanos de sus ritos y supersticiones primitivas, de su mentalidad asociativa de sus costumbres arcaicas” (p. 209). También, “[...] se nos presenta como una de las raíces de nuestra más auténtica especificidad “americanidad”. Es lo extraño y separado a la vez que lo propio” (Villoro, 1994, p. 209). No cabe duda que los prejuicios no solo datan del tiempo colonial, sino también en la conformación de la nación mexicana como se visualiza con la aseveración de “supersticiones primitivas”.

Al paso del tiempo, a través de las investigaciones se reconoce tanto la particularidad como la diversidad y riqueza sociocultural de los pueblos originarios. Así mismo, la observación de la naturaleza y los contextos culturales con regularidad permitió conocer el comportamiento social de los pueblos. “La observación de la naturaleza proporciona uno de los elementos básicos para construir una cosmovisión, entendida como una visión estructurada en la cual las nociones cosmológicas eran integradas en un sistema coherente” (Broda, 2003, p. 53). El reconocimiento y explicación en torno a la cosmovisión abre tanto un derrotero hacia la investigación, como también crea un reconocimiento de la diversidad de creencias y prácticas de los pueblos indígenas de México y de otras regiones del mundo.

En este sentido, los sistemas de creencias y las cosmovisiones, ligadas a las lógicas de la práctica, a aquellos actos mentales y modos de hacer incorporados en el cuerpo

por la praxis cotidiana -en las que el lenguaje tiene un rol crucial-, que posee una estructuración laxa y borrosa. Conforman el “sentido común” de un grupo humano, el sustrato “naturalizado” de su experiencia del mundo, en general conscientemente sostenido, y casi invisible para los propios actores (López, 2021).

Así, responde a un ambiente humano de la cotidianidad, de la comunicación y de la hermenéutica realizada desde el exterior con la mirada en los modos de vida y de la actuación de las personas nativas de un lugar. En este sentido, la vida misma y su transcurrir no solo residen con el paso del tiempo, sino también de constantes estados emocionales, disciplinas y actuaciones de los seres humanos.

Con lo anterior, se ejemplifica con el caso de la institución de creencias cosmogónicas de los aires en Ocotepéc, Morelos, que producen enfermedades como boca chueca, tumores, ataques, erupciones en la piel y la pérdida de la vida. Generalmente afectan a los niños tratándolos como muñecos, sin piedad, causándoles convulsiones e incluso la muerte. Por ejemplo, el aire de arcoiris era muy temido y peligroso. También en este poblado existe una relación entre el diablo y sus diferentes acepciones, así como con los aires de naturaleza destructiva (Morayta, 2003). En este sentido, los nativos de Ocotepéc sostienen que,

Para evitar castigos y enfermedades, las personas debían de pedir permiso para transitar por las barrancas, manantiales, y otras moradas de estos seres. Se le pedía que no se enojaran cuando se cortara algún árbol para leñarlo o para construir sus casas. Los que cortaban leña o hacían carbón se protegían fumando cigarrillos y puros, y untándose alcohol, por fuera y por dentro. Los curanderos de aire vestían al enfermo de rojo, ofrendaban alimentos y muñequitas de sololo, y les rogaban en nombre del enfermo que los disculparan. Se les rogaba que dejaran al enfermo, y que en su lugar se llevaran las muñequitas. (Morayta, 2003, pp. 225-226)

El cuidado y bienestar es fundamental para la salud, así como comprender y atender el sistema de creencias y cosmovisión. También es crucial para el bienestar de las personas cuyas matrices culturales se circunscriben en esta región del estado de Morelos. Del mismo modo, “Evitaban salir a la calle comiendo cosas olorosas. Había que colocarse una rama de yerba olorosa, como el romero, o la ruda, para que el olor disimulara el olor de la comida, que es por donde se meten los aires” (Morayta, 2003, p. 226). Esta protección incide con el sistema de creencias de los otomíes que habitan en las tierras altas de la Cuenca Amanalco-Valle de Bravo, que, cuyo sistema de protección coincide con los de Ocotepéc con la utilización de plantas olorosas como el romero y la ruda. También cabe destacar la ubicación geográfica distante de un territorio a otro, pese a ello comparten la creencia en los aires y los sistemas de cuidados, atenciones y protecciones.

En la cosmovisión otomí y mazahua, el coyote es un animal mítico. A este animal se le considera un ser sagrado por cierta habilidad en dialogar con las entidades divinas. El coyote según Gómez y Pedraza (2018), “representa a un ser que puede entrar y salir tanto de los espacios sagrados, como del inframundo y a su vez, mantiene un estrecho contacto con el hombre (p. 28). Así mismo, “es un animal que causa daño a los hombres, pero también se preocupa por ellos al obsequiarles el fuego, es el interlocutor entre los hombres, las divinidades y la muerte” (Gómez y Pedraza, 2018, p. 28). También, “El coyote recorre la literatura como un personaje que ama y odia, que se ama y que se odia, que ayuda y ofende, que agradece y traiciona, que se respeta y se teme, que es invencible y capaz de vencerse, que es el más astuto y, en el género del cuento, el más

tonto” (Rodríguez, 2013, p. 148). Y para los otomíes de Amanalco, su aullido en la aurora matutina anuncia la muerte de una persona, así como conflictos en la comunidad. Además, es un protagonista con diversas representaciones, actuaciones y funciones, por ello:

El coyote presta su piel para que se depositen en ella cargas afectivas de diversa naturaleza: vencido en los cuentos, temido en las leyendas, conjurado para obtener beneficios, amado en la lírica y comprendido, con todas las contradicciones que se le adjudican, en los corridos; creador y demonio, naturaleza animal y naturaleza humana, instinto de sobrevivencia y depredador que trafica con paisanos que desean cruzar la frontera; esta figura se nos presenta como una de las más significativas en nuestro imaginario. Protagonista ambivalente en la tradición mexicana, ha generado, y lo sigue haciendo, una serie de reacciones y actitudes que se traducen en manifestaciones literarias y culturales de gran riqueza; así, el coyote, en el imaginario, transita por terrenos muy variados; este depredador fecundo y musical, apreciado y despreciado, continúa vigente y representa uno de los seres que sigue despertando la necesidad de transformar en cultura, en enseñanza y en arte la vida cotidiana con sus contradicciones de abismos y luces. (Rodríguez, 2013, p. 161)

En efecto, los aires ocasionan la muerte y el coyote como anunciador de la muerte con sus aullidos en la aurora de un nuevo día, creencias que se inscriben bajo la cosmovisión de los pueblos. Así mismo, la noche a través de los sueños -entre los otomíes- la muerte se anuncia en representaciones oníricas. Por ejemplo, la caída de un diente y la pérdida de objetos personales en los sueños se ajusta tanto en un campo de significación como de la interpretación en la pérdida de un ser querido en el mundo. En este sentido, Julio Glockner (2003) recupera la nominación de especialistas de antaño y explica que

Al intérprete de las imágenes de los sueños se le llamaba *temiquixmiati* (el conocedor de los sueños), *teminamictiani* (el intérprete de los sueños). La sabiduría de estos hombres no residía únicamente en sus conocimientos interpretativos, sino en ser ellos mismos poderosos *temiquimi* (soñadores) capaces de trasladarse a lugares inaccesible a la gente común, hombres cuya mirada de noche podía penetrar al mundo sagrado y descifrar los más oscuros enigmas. (p. 507)

Generalmente, cada pueblo originario posee signos lingüísticos para nominar a sus especialistas y que muchas de las veces también desempeñan el papel de curanderos de las comunidades o de una región.

En este sentido, para los otomíes de Huixquilucan y Lerma, según González, et al. (2012), los curanderos son elegidos por Dios para su servicio,

Los indicadores de esa elección se dan a través de la caída de un rayo sobre la persona, o bien que la persona caiga enferma de gravedad, en cuyo caso la manifestación divina se hará presente a través de los *sueños*. Si la persona sobrevive al rayo o a la enfermedad, está obligada a trabajar para Dios, esto es, a ser curandero, si no lo hace, “Dios mismo se encarga de llevársela a su mundo”, dice un experimentado curandero. Dios tiene poder sobre las personas, él se manifiesta de diversas maneras (una desgracia familiar, mala suerte, no encontrar trabajo, una mala cosecha, terminar una amistad, etcétera), por lo que para atenuar el poder de Dios se le debe ofrendar y participar activa y constantemente en los cultos. (p. 7)

Lo anterior, coincide con los golpeados por un rayo en el valle de Toluca que al sobrevivir algunos adquirirían el don de sanadores, y otros a trabajar con el temporal de lluvias como cortar las colas de agua, mandar el granizo a las montañas para que no dañara las milpas de maíz, realizar ritos propiciatorios de petición de lluvias, etc. No obstante, en ocasiones el rayo termina con la vida de las personas.

La muerte entre los pueblos originarios también se inscribe en la cosmovisión. En los tseltales de Los Altos de Chiapas, en México, cuando alguien muere

Suponen siempre que la muerte se debe al influjo de la brujería, aunque se trate de un anciano de 99 años. Esto se ve claramente en las oraciones que se recitan por los difuntos en las diversas ocasiones. Citemos un ejemplo: ¡Que la persona que te dañó -dicen al difunto- no continúe viviendo! ¡Que en ninguna forma goce de la tranquilidad ni con su mujer ni con sus hijos! ¡Que sus sufrimientos sean iguales a los que él te causó! ¡Que su desgracia acá en la tierra sea igual a la tuya! ¡Que todo esto le suceda a quien te causó este mal! [La muerte]. (Marzal, 1994, p. 101)

La institución de este sistema de creencias no solo responde al binomio vida-muerte, sino también a la vida cotidiana y en ocasiones de las representaciones oníricas, visiones, consulta a curanderos, para llegar a estas aseveraciones.

En lo que respecta a los rarámuris de Chihuahua, el especialista ritual que atiende a los muertos, según Marzal (1994) era conocido como “El *enámoare* preside la celebración; habla al difunto para recomendarle que se vaya en paz, que no moleste a los vivos, se le da alimento para que vaya contento y sin privaciones” (p. 79). Además, “El difunto está presente en una pequeña cruz dentro de la casa junto a la cual, sobre una cobija, se ponen las ofrendas” (Marzal, 1994, p. 79). La intermediación es fundamental no solo para evitar los daños a los vivos, sino también para la trascendencia del difunto. Situación que favorece tanto a los vivos como a los muertos. En los otomíes de Amanalco, el *Ngomi* (sobador), el *Xodi* (rezadero) o el *Shetete* (sanador), son los intermediarios entre los vivos y los muertos.

Desde la perspectiva de Jacques Galinier, entre los otomíes de la sierra madre oriental, “Los sueños ocupan un lugar importante en las angustias y el temor a la *muerte*. Pueden significar una alteración de las relaciones del individuo con sus parientes o con la gente de su pueblo, lo cual provoca un peligroso estado depresivo que puede desembocar en la muerte” (Galinier, 1997, p. 485). Esta condición de vida onírica está articulada a una concepción del mundo mucho más compleja y cuyo paradigma responde a un conjunto de los axiomas que conforman el “núcleo del modelo otomí” cuya representación del mundo se presenta como:

- ✓ El universo es un campo de energía sometido a un ciclo de desarrollo.
- ✓ Esta energía es polarizada en forma de dos entidades complementarias.
- ✓ La fusión energética es necesaria para la reproducción del cosmos e implica el sacrificio del elemento activador, macho.
- ✓ El universo es una réplica a gran escala del cuerpo humano.
- ✓ Los rituales son realizaciones necesarias y periódicas de dos diferentes principios.
- ✓ El principio dualista se extiende al conjunto de las relaciones de poder que se vinculan a la comunidad india con la sociedad nacional y con el estado. (Galinier, 1990, p. 682)

La presentación onírica, la representación del mundo y la muerte, entre los otomíes constituyen la esencia de su existencia e instituye sus sistemas de creencias en la ritualidad y legitima su cosmovisión.

Según Marcos (2023)

La muerte de una persona entre los otomíes de Amanalco trae consigo todo un drama ritual. En el momento en el que el cuerpo queda sin vida, los familiares empiezan con la preparación de la ropa para vestir al occiso. El féretro se convierte en el depósito del expirado. Los familiares y vecinos de la comunidad manifiestan su acompañamiento, sentir y apoyo en especie: maíz, dinero, frijol, arroz, café, azúcar, refrescos, botellas de vino y alcohol pueden encontrarse entre las donaciones. Los hombres acondicionan el lugar: limpian el patio de la vivienda, colocan una lona, ponen sillas, instalan energía eléctrica, van al bosque a traer leña y excavan la fosa para el entierro. Las mujeres comienzan con la preparación de café y chocolate, la adquisición de pan y la cocción del nixtamal para las tortillas. (p. 10)

El autor anterior también destaca que, por tradición, todos los asistentes al velorio llevan una veladora y flores, además de dejar una limosna para el difunto. Al llegar, son recibidos por la familia y luego se acercan al fallecido; se arrodillan, hacen una cruz con los dedos de la mano derecha y se persignan. Después, se levantan, encienden su vela, colocan las flores en los recipientes destinados para ello y realizan una donación económica que se usa generalmente para pagar una misa de tradición católica cuando la familia responde y se inscribe a este sistema de creencias.

La familia contrata al *Xodi*, quien, junto con los vecinos, reza y alaba al difunto hasta después de la medianoche. Al día siguiente, con rezos, alabanzas, y música de banda de viento o mariachi, se dirigen al panteón con el féretro para realizar el entierro. “El llanto, el dolor, la tristeza, la pérdida y la despedida son las emociones y acciones de los familiares y amigos” (Marcos, 2023, p. 10).

Esta manifestación del drama ritual le precede ciertas premoniciones que se manifiestan de manera individual y colectiva como parte de una matriz sociocultural. Que en el apartado dos se exponen en diversas representaciones e interpretaciones desde una cosmovisión comunitaria de los indígenas otomíes.

Premonición y muerte

Este estudio articula la “premonición”, la “muerte” y las “emociones”, concepciones articuladas que constituyen la cosmovisión otomí. La premonición se refiere a una “sensación o percepción psíquica, sin base real conocida, que informa de un hecho que ocurrirá posteriormente” (Diccionario Larousse, 2005, p. 824). Igual, la precognición trata de un “conocimiento que se tiene de algo antes de que tenga lugar” (Diccionario Larousse, 2005, p. 821). En esta investigación se usarán como sinónimos los dos conceptos. Dado que ambos términos se refieren a un “preaviso”.

La muerte es una condición natural para los seres vivos. Los seres humanos no estamos exentos de este proceso. El binomio vida-muerte se articula con la humanidad. “La certeza e inevitabilidad de la muerte provoca en el hombre angustia, dolor y pena, y rebeldía cuando no se asume” (Encinas, 2009, p. 326). De ahí su articulación con las emociones. “Morir es siempre un proceso individual, es también un acontecimiento que afecta a aquellos que se relacionan con quien muere, evidenciando una dimensión social y cultural” (Lynch y Oddone, 2017, p. 130). En este sentido, “Las emociones son parte

vital del ser humano; constituyen un elemento clave en el pensamiento, en la relación con los otros, en el arte y en la diversión. Ellas son, por ende, fundamentales para el estudio de los procesos antropológicos” (Castaingts, 2017, p. 33). En este sentido, el cuerpo no solo encarna, sino representa a un ser humano que se articula con un conjunto social y se inscribe a una serie de patrones socioculturales que instituyen a una matriz de origen, de comunidad y su sentido de pertenencia.

Así mismo, en el proceso de formación, nacimiento y crecimiento, los seres humanos conocen su entorno y

aprenden, refuerzan y al mismo tiempo contribuyen a la construcción de un lenguaje emocional. Es decir, a sentir, a vivir y a expresar las emociones por medio de símbolos y signos, adquieren el poder de comunicarse entre los miembros de una comunidad, con una base común para el entendimiento y expresión de la vivencia emocional, pero también los dota de aprobación, reconocimiento y pertenencia social. (Zárate et al., 2017, p. 93)

En otras palabras, la emoción es un proceso que comunica las condiciones de sentir y la experiencia vivida de las personas. Su manifestación es diversa y su lenguaje entendido y comprendido por aquellos que comparten la matriz sociocultural que instituye la cosmovisión.

2. Premoniciones y muerte entre los otomíes

La premonición y la muerte entre los pueblos *Hñatho* de Amanalco no solo se manifiestan en preavisos oníricos y visuales, sino también en presentimientos corporales y signos auditivos, cuya interpretación trastoca las emociones de las personas. “Para que una emoción sea sentida, percibida y expresada por el individuo, debe pertenecer a una u otra forma del repertorio cultural del grupo al que pertenece” (Le Breton, 2012, p. 71). El sentido de pertenencia a una matriz sociocultural instituye una cosmovisión compleja y diversa. Situación que, en este estudio, se documenta con premoniciones etnográficas relativas a la muerte desde el sueño, la vista, el oído y sentires corporales.

1. Preavisos oníricos

La realización humana de dormir asume no solo regularidad, sino también soñar y se manifiesta con representaciones de un mundo en el plano espiritual de acontecimientos que son interpretados por los otomíes de Amanalco, en muchos casos, como premonitorios de sucesos valorados como negativos y malos. Según Galinier (1987)

Como si el sueño en sí mismo fuera siempre la imagen anticipada de una desgracia. Esto conduce a pensar que el sueño (ti) constituye una de las formas de la demencia y de la embriaguez (iti). Para los otomíes, ebriedad, sueño y muerte representan una misma unidad conceptual. (pp. 486-487)

Lo anterior, también trastoca las emociones de las personas que viven el sueño con miedo, zozobra y nerviosismo. Se impone con el insomnio y temor, por la posible muerte de un ser querido. Los ejemplos siguientes son interpretaciones de los propios nativos desde las representaciones oníricas.

1.1. Caída de un diente. Soñar implica una serie de representaciones de imágenes oníricas que no solo proporcionan información al soñador, sino también la hermenéutica que involucra el contexto sociocultural y las condiciones y experiencias de la vida cotidiana de los otomíes. Por ejemplo, *soñar que se te ha caído un diente*, su interpretación por la persona ordinaria y por los sanadores es la muerte de un familiar cercano. Pero también al que experimentó el sueño le trastoca su estado emocional en miedo e incertidumbre. En el momento en que la muerte ocurre se articula la representación onírica con la realidad.

1.2. Cosecha y producto. El sistema productivo de los pueblos otomíes también tiene implicaciones en los sueños de las personas. Soñar que estás recolectando un producto en el campo o tener una gran cantidad del mismo (maíz, frijol) se vincula con peligro o amenaza de muerte. Situación que desequilibra la condición emocional del soñador en nerviosismo y zozobra. Si en algún momento decide platicar su sueño empezará a liberar sus emociones. Además de que se tiene la creencia que si la persona comparte la representación onírica con otras personas este acontecimiento de posible muerte en su familia no sucederá.

1.3. Pérdida de un objeto. En los otomíes, perder un objeto personal en el sueño se interpreta como la muerte de un ser querido. Este hecho genera condiciones de inestabilidad emocional de las personas.

1.4. Soñar a los ancestros. Las visualizaciones oníricas entre los otomíes en donde aparecen los familiares ya fallecidos, su interpretación, sobre todo cuando algún integrante de la familia está enfermo o en agonía es que pronto morirá, en consecuencia, la familia empieza a manifestar tristeza y sentires afines.

2. Preavisos visuales

La representación y registro de imágenes en “La tradición occidental de la iconografía y la iconología como descripción-clasificación e interpretación, ha fijado su atención en temas religiosos, mitológicos y de costumbres” (Novelo, 2011, p. 13). Así mismo, la Antropología visual, ha documentado y elaborado una etnografía visual con representación de fragmentos de la realidad. En este sentido, la ciencia antropológica goza de aceptación no solo desde los orígenes de la ciencia, sino también han consolidado una subdisciplina que recupera y registra manifestaciones socioculturales fijas como la fotografía y en movimiento cuya sintaxis conforman video-documentales. Esta representación se sitúa en la etnografía visual en donde el sentido de la vista contribuye, en la visualización, registro e interpretación de las matrices culturales de los pueblos desde la interpretación de su realidad. En la realización del trabajo antropológico el sentido de la vista es fundamental, mismo que en este estudio permite la observación y la interpretación bajo las lógicas de los nativos otomíes. Los ejemplos siguientes son interpretaciones premonitorias de forma visual.

2.1. La mejor cosecha. La zona de estudio es rural. Maíz, frijol, flores, papa, calabaza, chícharo, son entre otros los principales productos que cultivan y cosechan los campesinos. Una cosecha -atípica- de alta producción despierta la inquietud de la familia y trastoca el estado emocional por su interpretación articulada a la muerte. Se cree que la tierra les ha dado una alta producción de maíz (como ejemplo) y que a cambio se llevará a un integrante de la familia. En el momento que acontece el deceso de un ser querido se sincroniza la producción y la muerte.

2.2. Tierra sobrante. Después de depositar el cuerpo en la fosa en un panteón, los familiares y amigos, depositan algunas flores, agua bendita, sus pertenencias personales, también quien tenga voluntad toma un poco de tierra y le hace una cruz liberando la tierra sobre la fosa. Por último, con palas poco a poco se va cubriendo la caja con tierra

hasta elaborar un bordo alto, en donde se hace una cruz sobre la tierra, se colocan todas las flores recibidas en el velorio. Así concluye el último adiós a la persona. Aquí los familiares y vecinos observan, si sobró mucha tierra, entonces, no le tocaba morir; no obstante, si no quedó tierra interpretan que era el momento óptimo de su partida de este mundo.

2.3. Los vuelos del cuervo y el kaa, kaa, kaa. En la región montañosa en donde se encuentran los asentamientos otomíes en Amanalco, los cuervos sobrevuelan y son parte de la fauna de esta región. No obstante, si estos animales ocupan el espacio aéreo de las comunidades en una parvada y empieza a cantar “kaa”, “kaa”, “kaa, kaa”, “kaa”, los otomíes lo toman como un preaviso de conflictos familiares y comunitarios. El miedo se convierte en algo latente en las personas y están atentas a los acontecimientos de cada momento y en el transcurso de los días.

2.4. Reflejos o visiones. Este acontecimiento sucede en la vida cotidiana de algunas personas y en algún momento en el transcurrir del día viven algún reflejo de un mal acontecimiento. Estas personas tienen la opción de cancelar o dejarlo que suceda. Ejemplo, “Javier” se encontraba caminado en un parque, en cierto momento tiene un reflejo de un accidente en donde un taxi arrolla a una mujer que se transporta en patines sobre una calle principal. En la visión la mujer queda bajo la llanta del automóvil. El pensamiento del hombre visionario construye y expresa: “Dios mío que no suceda”. El caminante continúa en su actividad y observa la multitud de autos y un grupo de jóvenes que se intercalan y se mueven entre la multitud. De repente una mujer se cae, pero del lado de un taxi. El reflejo se cumplió parcialmente. La interpretación es que el decreto salvó la vida de la persona.

2.5. El perro cava un hoyo en la tierra. La premonición animal entre los otomíes se asume como un aviso de acontecimientos que afectan la vida personal y familiar. En las unidades domésticas, generalmente, si hay una persona enferma y un perro cava un hoyo en la tierra, la interpretación de las personas mayores es que existe el riesgo de que la persona muera. Esta actuación del animal anuncia la muerte de una persona. Esta realidad impacta en la condición emocional de la familia generando preocupación, ansiedad y miedo. Así mismo, para contrarrestar este mal, alguien de ellos toma sal de grano y realiza una cruz sobre la fosa y después lo rellena con la tierra. Con esta práctica se cree que se ha cancelado el mal.

3. Preavisos auditivos

El sonido representa múltiples manifestaciones de la cultura y es entendido como signifiante, signo, práctica, acción y símbolo (Paniagua, 2012). Por ejemplo, existen “sonidos” que los otomíes identifican a través del sentido del oído como aullidos, cantos, “cacaraqueos”, entre otros. Y que interpretan, cuyo campo semántico no solo responde a una cosmogonía, sino también es premonitoria. Esta hermenéutica es particular y se articula con una perspectiva sociocultural y colectiva. “El sonido se refiere a todo aquello que es percibido por el oído. Pero son los sonidos audibles por el oído humano los que interesan en el campo de la cultura y por lo tanto tiene un lugar en la estructura social de manera poco o nada visible, sutil o enfática” (Paniagua, 2012, p. 26). En este sentido, los ejemplos siguientes son interpretaciones premonitorias de forma auditiva.

3.1. El canto del gallo a deshora. En las comunidades otomíes se identifica claramente los horarios en los que los gallos cantan, sucede generalmente, desde la madrugada hasta el amanecer. No obstante, si el ave canta después de la llegada de la oscuridad y antes de la media noche se considera como un preaviso que trastoca la condición de

bienestar de la familia o de la persona que interpreta esta acción. El miedo a un posible conflicto se convierte en una amenaza. La espera se transforma en una constante. El descanso del intérprete es ahogado por una preocupación, que le ahuyenta el sueño.

3.2. El canto de la lechuza. La particularidad de un animal como la lechuza, está vinculada con la sabiduría, el misterio, la premonición, el peligro y la anunciación de malos acontecimientos. Es un ave que tiene un fuerte vínculo con los curanderos otomíes, hay quienes lo consideran su animal de poder, justamente por su manifestación y revelación en el sueño y por la presentación de sus cantos en las representaciones oníricas y en la realidad. No obstante, las personas no la aprecian por los preavisos malos que anuncia y en consecuencia genera miedo, nerviosismo e incertidumbre. Además, se le considera un mensajero de la muerte, de conflictos familiares y comunitarios.

3.4. La gallina canta como gallo. La naturaleza del gallo y la gallina son únicas. Al primero se le ubica por su canto peculiar, único e inconfundible con otras aves. El “cacaraqueo” del ave hembra también es bien definido y es muy particular. Sin embargo, cuando una gallina canta como gallo se entiende entre los otomíes como un preaviso de muerte, chismes y conflictos. Esta situación cambia la condición emocional de las personas que la escuchan. El temor de perder un familiar genera mucha incertidumbre y cambia sus emociones.

3.5. El aullido del cacomixtle. El cacomixtle es un animal pequeño con una representación física parecida a un mapache. Este animal es parte de la fauna de la cordillera montañosa de los otomíes en estudio, por lo que su aullido es interpretado como un aviso negativo que llega a romper la tranquilidad de quien lo escucha e interpreta bajo la cosmovisión *Hñatho*. Anuncia conflictos y enfermedades y modifica las emociones de las personas en ansiedad y temor.

3.6. El aullido de un perro. Los perros son animales sensibles con un alto desarrollo en su olfato y oído. En las comunidades de estudio se entiende que los perros en ocasiones ofrendan su vida por algún integrante de la familia en peligro de muerte. Su aullido, poco común, de dolor, es entendido como una premonición de pérdida de vida en algún integrante de la familia. Este hecho interrumpe la tranquilidad personal y familiar, y empodera el miedo y la zozobra. En caso de que suceda el deceso, se vincula directamente con la anunciación canina.

3.7. El canto del búho. El búho es un animal nocturno y popularmente en México es conocido como tecolote. Entre los *Hñatho* de Amanalco es llamado como el mensajero de la muerte. Su canto al oscurecer o al amanecer es un aviso de muerte y conflicto. De ahí la existencia del refrán: “Cuando el búho canta el indio muere”.

3.8. El aullido del coyote. El coyote es llamado *Zate* en Amanalco y su aullido al amanecer se entiende como la anunciación de la muerte de una persona. Se relata que cuando doña Juana murió, el coyote aulló. Este personaje era conocido en la región por su labor de curandera, sobadora y partera. “Se tiene la creencia en comunidad que el coyote tiene un olor a tortilla quemada, y que por medio de su olor encanta a los animales, su vaho tiene propiedades que paralizan a quien es afectado por él” (Gómez y Pedraza, 2018, p. 28). Así mismo,

El relato cosmogónico otomí cumple con la regla social de explicar el mundo, en cuanto al origen del olor de coyote, y al mismo tiempo sacraliza la personificación del coyote en cuanto hace un pacto con el hombre y el coyote usa su poder para trasladarse a los umbrales del inframundo. (Gómez y Pedraza, 2018, p. 28)

4. Preavisos corporales

El cuerpo humano es una representación material y espiritual en donde los sentidos -oído, vista, tacto, gusto y olfato- contribuyen en la identificación de una serie de manifestaciones del ambiente. Pero el cuerpo también logra sentir cierta sensación que no responde a los sentidos sino a una sensación interna a la altura del pecho, o el corazón, que se interpreta como un presentimiento de algún suceso de peligro que amenaza el bienestar y la estabilidad de las personas y familiares. En este estudio se identifica como signos corporales premonitorios.

4.1. Dolor de pecho. El dolor de pecho entre los otomíes es una señal de malos acontecimientos como conflictos, accidentes y muerte inmediata. Su interpretación modifica la condición emocional (miedo, desesperación) de la persona. Si esta premonición llega a suceder en la realidad, se vincula con el presentimiento a través del dolor sentido. Se trata de un preaviso de hechos que se relacionan directamente con la vida cotidiana y con los espacios de interacción.

4.2. Se me atoró la comida en la garganta. La alimentación en los seres humanos es una necesidad fisiológica y responde a los procesos socioculturales según los patrones alimenticios de cada uno de los pueblos. En el grupo cultural otomí el hecho que a alguien se le atore la comida cuando están compartiendo los alimentos se interpreta como signo de malos acontecimientos, como conflictos y accidentes. Este hecho rompe con la situación emocional de la familia, entonces aparecen manifestaciones como nerviosismo, temor y zozobra.

En suma, hasta aquí se ha dado cuenta desde una perspectiva etnográfica sobre las diferentes manifestaciones premonitorias de los otomíes de Amanalco. El sueño, el oído, la vista y el sentir corporal nos permiten identificar una serie de preavisos que rompen con la estabilidad emocional de las personas. No cabe duda, que la cosmovisión de este pueblo sigue vigente y presente en la era contemporánea.

3. Discusión: muerte y emociones

“La muerte para los pueblos indígenas responde a un tratamiento, creencia, práctica y ritual, vinculados a su cosmovisión” (Marcos, 2023, p. 5). No obstante, antes de llegar a vivir esta pérdida de vida, en las comunidades otomíes de Amanalco existen premoniciones o preavisos que los nativos interpretan en signos visuales, oníricos, auditivos y corporales, que se vinculan con la muerte, conflictos, enfermedades, entre otros. Desde esta etnografía, también acontece la articulación de la muerte, la premonición y las emociones a través de las representaciones del sueño (*taja*) y soñar (*ui*).

Los preavisos oníricos acontecen en “ui” (soñar). Este signo lingüístico otomí manifiesta las representaciones del “taja” (sueño) que entre los otomíes reivindica su cosmovisión. Lo que en este estudio se identifica como la “caída de un diente”, “cosecha y producto”, “pérdida de un objeto” y “soñar a los ancestros”, constituyen parte de un estado de conciencia, percepción, ensoñación, interpretación y vivencia plena en el sueño con efectos directos en la realidad y se manifiesta la preocupación y antesala de la muerte de un familiar o ser querido de una familia.

La observación de la realidad en la vida cotidiana como preavisos visuales o “signos visuales porque se ven” (Beristáin, 1988, p. 3) sobre ciertos acontecimientos que su interpretación informa de sucesos que pronto sucederán. En este estudio se identifican como “la mejor cosecha”, “tierra sobrante”, “los vuelos del cuervo y el kaa, kaa, kaa”,

“reflejos o visiones” y “el perro cava un hoyo en la tierra”, son signos visuales que se identifican con el sentido de la vista, pero su interpretación no solo responde a la cosmovisión otomí, sino también al estado de ánimo de las personas. Esta mirada se circunscribe en la matriz sociocultural de los pueblos originarios de la zona de estudio y de otras regiones indígenas del país.

Los preavisos auditivos son también “signos auditivos porque se oyen” (Beristáin, 1988, p. 3) y son sonidos específicos que suceden en el ambiente diurno y nocturno, y contribuyen a una serie de avisos que son evaluados bajo las lógicas y cosmogónicas comunitarias otomíes como malas. Estos preavisos son identificados en esta investigación como “el canto del gallo a deshora”, “el canto de la lechuza”, “la gallina canta como gallo”, “el aullido del cacomixtle”, “el aullido de un perro”, “el canto del búho” y “el aullido del coyote”. Estas manifestaciones suceden principalmente de noche; empero, se pueden presentar de día. Cuando se trata de animales que generalmente se manifiestan de noche y lo realizan de día, la expectativa se expresa de alta preocupación.

Los preavisos corporales se manifiesta en el cuerpo humano. El signo lingüístico “su doski” o “su doskito” en la lengua otomí significa “se me atoro” y es un signo o señal de un acontecimiento negativo y pone en estado de alerta a las personas. Otro de los preavisos es el “dolor de pecho”, no es un dolor común sino una sensación extraña en el corazón que se interpreta como negativo. Estos hechos generalmente acontecen y se manifiestan en el cuerpo en estado despabilado y despierto; no obstante, ante estas manifestaciones propias de las personas indígenas de las tierras altas de la Cuenca Amanalco-Valle de Bravo se instaura una preocupación y atención por lo malo que pueda suceder principalmente en la familia. Estar pendiente es una constante en el transcurso de las horas y quizás de los días.

Ahora bien, “La emoción se encarna en el cuerpo y en la voz, no sólo en la cara” (Bourdin, 2016, p. 61). Los sentidos unidos al cuerpo constituyen una base sólida en los preavisos relativos a la muerte y otras manifestaciones individuales, grupales y comunitarias, instituidos en una matriz de origen y/o sociocultural. Por ello, “el hombre adulto tiene sistemas de memoria que contienen circuitos especializados en la adquisición y recuerdo de objetos que estimulan el sistema límbico y, a través de él, a todo el sistema cerebral” (Castaingts, 2017, p. 33). Por eso, la rememoración y la reactualización de la memoria colectiva no solo permiten una hermenéutica particular y única, sino también articula la cosmovisión, las emociones y la partida del mundo terrenal.

La muerte es una manifestación latente en los seres humanos, dado que rompe con su cotidianidad y articula premoniciones, ritos y emociones. “La muerte es un hecho social trascendente asociada a creencias, actitudes y representaciones” (Pinto, 2016, p. 114). “Surge de la misma naturaleza como de la cultura; por tanto, la muerte es social y cultural” (Aguilera y González, 2009, p. 6). “En las culturas conformadas por la industrialización, en las grandes ciudades, la enfermedad y la muerte se consideran, a menudo, enemigos” (Caycedo, 2007, p. 335). No obstante, siempre acompaña a la vida, es su fiel compañera desde el momento en que una persona llega al mundo. Su manifestación plena en la realidad se vincula con el duelo y las emociones.

El “duelo”, es sin duda, una de las múltiples expresiones de las emociones. Los seres humanos lo vivimos directamente por la muerte de un ser querido. Aunque en los robos, extravíos, secuestros, divorcios, separaciones, suelen generar dolor y vivir un proceso de duelo. En ello, predominan el temor, el miedo, el horror a lo desconocido, un premio y/o castigo, y el dolor de la ausencia. Ira, agresión, tristeza, depresión, religiosidad, espiritualidad, vacío, estado de choque emocional, frustración, egoísmo, son parte de las emociones ante las pérdidas (Gallardo y Jaimes, 2016). El duelo es

un sentimiento subjetivo. “En las comunidades rurales, los grupos indígenas y en los grupos agrarios rurales marginados, los padres y los ancianos enseñan a los niños [...] que la muerte es parte natural e importante del ciclo de vida” (Caycedo, 2007, p. 333). Las personas ante estas situaciones tienen reacciones impredecibles. Hay quienes enfrentan experiencias de encimamientos; es decir, en donde dos o más afectaciones emocionales se encarnan en ella. Por lo que su tratamiento también resulta complejo y difícil. En el sentido, que, “Los sentimientos y las emociones no son sustancias transferibles ni de un individuo ni de un grupo a otro, no lo son, o no son sólo procesos fisiológicos en los que el cuerpo mantendría el secreto. Son relaciones” (Le Breton, 2012, p. 75) que ahí, en la mente, en el cuerpo, de ahí su importancia de trasmutar y caminar por un sendero de resiliencia entendida según Carretero (2010) como “La capacidad para mantener un funcionamiento adaptativo de las funciones físicas y psicológicas en situaciones críticas. Es, además, un proceso dinámico y evolutivo” (p. 5). En este mismo sentido, “Varía según las circunstancias, la naturaleza de la situación, el contexto y la etapa de la vida, y que puede expresarse de muy diferentes maneras en diferentes culturas o entornos” (Carretero, 2010, p. 5).

La emoción es a su vez expresión, relación, interpretación, significación, regulación de un intercambio y

se modifica [...] con el público, contexto, se diferencia en intensidad, e incluso en sus manifestaciones, de acuerdo a la singularidad de cada persona. Se cuele en el simbolismo social y los rituales vigentes. No es una naturaleza descriptible sin contexto ni independiente del actor. (Le Breton, 2012, p. 75)

Aunado a la persona, se contempla tanto su cosmovisión como su situación particular y tratamientos de auto atención comunitaria y científica.

Conclusiones

El vínculo entre premonición, muerte y emociones, con los otomíes asentados en las tierras altas de la Cuenca Amanalco-Valle de Bravo, sucede en cuatro contextos cuya particularidad involucra a la cosmovisión de las comunidades de origen en esta región sur-poniente del Estado de México.

El primero, las premoniciones oníricas acontecen durante la noche, después de que las personas se encuentran dormidas. Soñar en esta zona otomí, implica tener representaciones de imágenes, hechos, símbolos, durante el periodo de sueño. Su interpretación no solo se circunscribe bajo su cosmovisión, sino también su interpretación de su campo de significación. La documentación etnográfica refiere de la caída de un diente, la pérdida de objetos personales y recolección de cosechas (maíz, frijol, haba), son revelaciones del sueño que se articulan con la muerte de un ser querido. En consecuencia, se da la ruptura del estado emocional en los días próximos. El miedo, incertidumbre, zozobra se convierten en la compañía de la persona soñadora y de la familia.

El segundo, en el transcurso de la vida cotidiana en los pueblos Hñatho en estudio acontecen ciertas manifestaciones que prescriben una hermenéutica bajo un sistema de creencias y cosmogónicas muy afines a su contexto cultural. La observación y la identificación de algunos hechos son reconocidas bajo la lógica de la precognición. Por ejemplo, una cosecha de alta producción, después de un entierro en un panteón que sobre mucha tierra, el perro cavando un hoyo. Son acontecimientos que se vinculan con la muerte y que rompe con el relativo equilibrio emocional de las personas.

El tercero, el sentido del oído en la vida cotidiana identifica ciertos sonidos que se interpretan bajo los códigos culturales de los otomíes. Las resonancias acústicas de animales transcurren tanto en la noche como en el día. Por ejemplo, los aullidos de un coyote, perro o cacomixtle, se articulan con la muerte. Así mismo, se suman, los cantos de la lechuza, del búho, la gallina cantando como gallo y el gallo cantando en un tiempo no común (primeras horas de la noche). También, se interpretan como el acercamiento de conflictos familiares y comunitarios.

El cuarto, las sensaciones corporales, aquí se identifica el dolor de pecho a la altura del corazón y también cuando una persona consume sus alimentos y la comida se le atora en la garganta. Estos son sucesos que se interpretan como premoniciones. Acontecimientos que rompen con la condición emocional de la persona. Miedo, zozobra, nerviosismo, dominan el pensamiento y el cuerpo. El tiempo se convierte en un momento de espera, es lento y con la expectativa de algún suceso irregular y negativo para la familia o la comunidad.

Referencias

- Auge, M. (2007). *El oficio de antropólogo. Sentido y libertad*, Barcelona, Gedisa editorial.
- Aguilera, R. E. y González, J. (2009). La muerte como límite antropológico. El problema del sentido de la existencia humana, *Gazeta de Antropología*, 25 (2), artículo 56, 1-10
- Beristáin, H. (1988). *Gramática estructural de la lengua española*, México, UNAM, Limusa, Noriega editores.
- Bourdín, G. L. (2016). Antropología de las emociones: conceptos y tendencias, *Revista de Ciencias Antropológicas*, 67, p. 55-74
- Broda, J. (2003). El culto mexica de los cerros en la cuenca de México: apuntes para la discusión sobre graniceros (pp. 49-90), B. Albores y J. Broda (coords.), *Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígenas de Mésoamérica*, El Colegio Mexiquense, UNAM. México.
- Carretero, R. (2010). Resiliencia. Una visión positiva para la prevención e intervención desde los servicios sociales, *Nómadas*, 27 (3), 1-12
- Castaingts, J. (2017). Antropología simbólica de las emociones y neurociencia, *ALTERIDADES*, 27 (53), 23-33.
- Caycedo, M. L. (2007). La muerte en la cultura occidental: antropología de la muerte, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, XXXVI, (2), 332-339.
- Diccionario Larousse, (2005). *El pequeño Larousse ilustrado. 100 años*, Larousse.
- Encinas, M. (2009). Estudio antropológico del comportamiento ante la muerte: Humanidad e inhumanidad, *Cauriensa*, IV, 293-328.
- Galinier, J. (1987). *Pueblos de la Sierra Madre. Etnografía de la comunidad*, INI, México.
- Galinier, J. (1990). *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, UNAM, INI, México
- Gallardo, R. P. y Jaimes, J. (2016). La muerte humana: marcos antropológico y médico, *Vita brevis. Revista electrónica de estudios de la muerte*, 5 (9), 142-164. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/vitabrevis/article/view/8756>
- Gómez, D. y Pedraza, I. (2018). El coyote protagonista de la cosmogonía otomí mazahua. Un análisis desde los mitos de creación, *Mitológicas*, XXXIII, 23-34
- González, F., Díaz, G., Vázquez, N.I., Cortés, E. y Arteaga, N. (2012). El fuego y el agua en los rituales de curanderos otomíes, *Andes*, 23, 1-19.
- Glockner, J. (2003). Los sueños del tiempero, (pp. 503-522) B. Albores y J. Broda (coords.),

- Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígenas de Mésoamérica*, El Colegio Mexiquense, UNAM, México.
- INEGI, (2020). *Censo de población y vivienda*, Gobierno de México.
- Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4 (10), 67-77
- López, A. M. (2021). Cosmovisión y cosmología: fundamentos histórico-metodológicos para un uso articulado, *Cosmovisiones/Cosmovisões* 3(1), 65-115.
- Lynch, G. y Oddone, M.O. (2017). La percepción de la muerte en el curso de la vida Un estudio del papel de la muerte en los cambios y eventos biográficos, *Revista de Ciencias Sociales*, 30, (40), 129-150.
- Marcos, F. (2018). Cargos comunitarios y vida política local. Procesos políticos en las tierras altas de la Cuenca Amanalco-Valle de Bravo [Tesis de doctorado, Universidad Iberoamericana].
- Marcos, F. (2023). Nu poxtho/El muerto: En las tierras altas de la cuenca Amanalco-Valle de Bravo. *Iberoforum, Revista de Ciencias Sociales*, 3(1), 1-22.
- Marzal, M. (1994). *El rostro indio de Dios*, Universidad Iberoamericana, México.
- Morayta, L. M. (2003). La tradición de los aires en una comunidad del norte del estado de Morelos: Ocotepc, (pp. 217-232) B. Albores y J. Broda (coords.), *Graniceros. Cosmovisión y meteorología indígenas de Mésoamérica*, El Colegio Mexiquense, UNAM, México.
- Novelo, V. (2011). Introducción. Las imágenes visuales en la investigación social, (p. 9-26). V. Novelo (Coord.) *Estudiando imágenes. Miradas múltiples*, CIESAS, México.
- Paniagua, Y. K. (2012). Sonido, cultura y símbolo. Reflexiones para una antropología del sonido. *Tesis de maestría*, ENAH, INAH, SEP, México.
- Pinto, N. S. (2016). Antropología de la muerte: Ritos donde se llora, canta y ríe con la muerte, *Boletín Antropológico*, 34 (92), 113-124.
- Rodríguez, N. (2013). El coyote. Protagonista ambivalente en el imaginario mexicano, *Revista de El Colegio de San Luis*, 3 (6), 146-163.
- Salinas, R. (1999). *Amanalco. Monografía municipal*, IMC.
- Villoro, L. (1994). *Los grandes momentos del indigenismo en México*, FCE, México.
- Zárate, N, Ledesma, G.P. y Yáñez, L.M. (2017). El estudio de las emociones, *Quehacer Científico en Chiapas* 12 (1), 90-96
- Zurita, E. y Llorente, F. M. (2015). La etnografía antropológica como herramienta formativa en la enseñanza superior, *Opción*, 31 (1), 736-751